

*Espiar a
los felices*

JAVIER ZAMUDIO



LETRA X LETRA

Zamudio, Javier

Espiar a los felices / Javier Zamudio. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

136 p.; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-344-8

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

Z26

Universidad EAFIT- Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Espiar a los felices

Primera edición: julio de 2016

© Javier Zamudio

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-344-8

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Retrato*, Rosalba Carriera. (1675-1757, Italia)

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Espiar a los felices.....	5
La mejor noticia de su vida.....	11
El hijo muerto del doctor Shamosh	19
Una cárcel sin barrotes	29
La agenda negra	41
El fracaso del amor	47
Vuelta de tuerca	57
Luis Onetti.....	71

El dios maligno	87
<i>Zapping</i>	93
La luz que no ilumina.....	99
¿Azar o destino?	111
Es como mirarse en un espejo	131

Espiar a los felices

Llamé al encargado aunque era tarde. La cosa me daba vueltas en la cabeza y no me dejaba descansar. Lo hice sin esperanza, sin embargo, el tipo me contestó, al parecer dormía allí porque bostezó antes de preguntar qué quería.

—Es la escalera —le expliqué—. No funciona.

Pareció pensarlo, se quedó en silencio, luego tosió un par de veces y me preguntó qué pasaba con ella.

—Uno no para de subir.

No se me ocurrió otra forma de explicarle. Me dijo que la llevara y colgó.

En la mañana la probé antes de salir, pero no funcionó. Los escalones parecían interminables y primero caí vencido antes de alcanzar el techo con las manos; era evidente que la escalera estaba mal. A simple vista no parecía tener nada extraño, con una inspección ligera se podía constatar que cada cosa estaba en su sitio. Era una escalera portátil de aluminio en forma de tijera, tenía los escalones bien aferrados a los largueros y su material era tan estable como el hierro. Incluso, era posible subirse y saltar sobre algunos de los escalones, porque la escalera mantenía su equilibrio de forma magistral.

Me la eché al hombro y salí, el almacén estaba a unas cuatro calles de mi casa. Cuando llegué el encargado salió a recibirme como si no se acordara de lo que habíamos hablado:

—¿Algún problema con la escalera?

Su pregunta me confundió, la apoyé a un lado y me agaché para tomar aire.

—Lo llamé anoche. ¿No lo recuerdas?

El hombre sacó un cigarrillo y empezó a tantear los bolsillos en busca de un encendedor. No me había fijado que era tan joven, casi un niño. Prendió el cigarrillo y lanzó el humo en mi rostro. Luego me preguntó si era cierto que lo había llamado, decepcionado me incorporé y sujeté la escalera.

—Sí, a eso de las diez.

Me preguntó de nuevo qué sucedía.

—No es posible subir... No logro llegar arriba. Ayer, por ejemplo, intenté poner un bombillo y el cielo raso no será más alto que eso —señalé el techo del almacén—, y no lo logré. Estuve varias horas subiendo escalones y jamás llegué. Terminé por cansarme y decidí bajar.

Agarró la escalera de uno de los extremos y la entró a la tienda. La acostó contra la pared. Se paró en el primer escalón, en el segundo y en el tercero.

—Todo parece estar bien.

—Basta con que intente subir un poco más —repliqué.

Descendió, volvió a subir, esta vez hasta el quinto escalón, saltó sobre la escalera sin afectar su equilibrio. Dijo que estaba en buen estado y que el problema eran mis pies. No lo contradije. Le pregunté si podía dejarla para que la revisara con más detalle y respondió que sí. Volví a casa caminando despacio y mirándome los pies. De regreso

descubrí que el pie derecho estaba ligeramente torcido hacia adentro y con frecuencia imponía su paso al resto del cuerpo. Al llegar probé si podría ser ese defecto la causa de mi desgracia. Armé un andamio con varios asientos y subí. Todo sucedió sin contratiempos. Una que otra vez estuve cerca de caerme, pero pude cambiar los bombillos. Me tranquilizó comprobar que mi problema con la escalera no se debía a ese pequeño defecto de nacimiento. Serví una copa y me senté a leer el periódico. En la noche llamé a mi madre y le conté. Ella dijo que había heredado ese defecto de mi padre, que su caso había sido de tal gravedad, que muchas veces tuvo que caminar hacia donde su pie derecho lo obligó. Él murió antes de tener oportunidad de conocerlo, así que jamás pude ver sus pies, sólo una foto de su rostro, la única que conservó mi madre. Después telefoneé al almacén.

—Aló

—Soy yo.

—¿Quién?

—He llevado una escalera hoy para que la revisara.

—¿Qué quiere?

—¿Cómo le ha ido con la escalera?

Me aseguró que había tenido sexo con su novia encima de ella y nada había sucedido.

—Pase mañana a las ocho a recogerla —me dijo.

A esa hora estuve en el almacén. Él limpió sus manos, prendió un cigarrillo y salió a buscarme. Me saludó con una sonrisa.

—Vengo por la escalera —dije.

Él ya lo sabía, colocó la escalera en la calle, me la eché al hombro y comencé a caminar. Al llegar la abandoné en un

rincón y me senté a mirar aquella casa triste donde vivía. De una pared colgaba una foto de Claudia. Sobre la mesa estaba una tarjeta de cumpleaños regalada a su madre. En el tocador todavía se podía ver su pintalabios y una tanga rosa que había olvidado. Todo seguía como si ella no se hubiera marchado. Cerré los ojos. Cuando desperté había anochecido. Me puse de pie y busqué la escalera, la apoyé contra la pared del patio e intenté subir. Quería alcanzar el borde del muro que separaba mi casa de la de mis vecinos y espiar desde allí la vida que llevaban. Desde que Claudia me abandonó, y perdí mi empleo, todo lo que deseaba hacer era espiar a los felices. En la mañana llamé al tipo del almacén y le pedí que me cambiara la escalera, accedió sin problema. La agarré y caminé las cuatro calles que separaban el almacén de mi casa. Cuando llegué él me esperaba afuera.

—Muchas gracias —dije.

No contestó. Me eché al hombro la escalera nueva y empecé a caminar. Cuando llegué a casa la abandoné en el piso para abrir la puerta con rapidez. Mi hermano había llegado con toda su familia: no los veía hacía varios meses. Me saludó con un abrazo. Lo encontré más flaco que de costumbre. Ávida, su esposa, hizo lo mismo. Hacía mucho que no sentía el contacto de una mujer. Esto me produjo ganas de llorar. Me cubrí el rostro y alegué una infección ocular que me estaba volviendo loco.

Los invité a sentarse y les ofrecí algo de beber. Junto a ellos estaban sus hijos, Miguel y Javier. Mi hermano dijo que no deseaba nada y Ávida pidió un vaso de agua. Los muchachos se quedaron en silencio. Luego de servir el vaso de agua me senté cerca de la ventana. Mi hermano preguntó cómo iban las cosas: mamá le había contado sobre

la pérdida de mi empleo, y lo de Claudia había sido un noticia, por eso no hubo nada que pudiera añadir.

—Como siempre —respondí.

Me contó su proyecto de iniciar un negocio de zapatería. Escuché su historia con aburrimiento mientras miraba a los muchachos e imaginaba qué sería de ellos en el futuro. Ninguno estaba estudiando, ni parecía tener aspiraciones.

Álida se puso de pie y con ella sus dos hijos. Mi hermano me abrazó y me preguntó al oído si tenía algo de dinero que pudiera prestarle. Le di los últimos centavos de mi liquidación. Cuando cerré la puerta serví un vaso de vino y me senté junto al muro para intentar escuchar a mis vecinos. Al parecer veían la televisión, porque apenas lograba escuchar el murmullo del aparato. Lleno de curiosidad agarré la escalera nueva y salí al patio, la apoyé junto al muro y subí. Esta vez pude llegar al borde fácilmente. Los busqué de un lado a otro de la casa. En el patio, junto a la pared —casi imposible de ver— él lloraba. Ella aguardaba en el sofá cubriéndose el rostro con las manos. En ese momento entendí que mis vecinos ya no eran felices. Algo había sucedido. En la mitad del patio había una carta rota. Empecé a bajar despacio para no ser descubierto y estuve así un rato hasta que me percaté de que esta escalera también tenía un defecto: nunca se terminaba de bajar.